

Pero debió tener causas bastantes
Que fuera van de mis obligaciones,
Porque suelen en cosas semejantes
Engaños padecer las opiniones:
Antes pues que de estrellas radiantes,
Que en los mortales hacen impresiones,
La luz con la del sol fuese resuelta,
Para el adelantado dió la vuelta.

Tuvo suceso deste diferente
El capitán Tovar en la subida,
Por ser innumerable la creciente
De la gente feroz endurecida;
Mas él propuso con fervor ardiente
Ganar los altos ó perder la vida;
Y así con tiros y con hechos buenos
Allá subieron sin hacellos menos.

En esta hora de temor horrendo,
Hora menguada y hora lastimera,
Venía ya sus rayos descubriendo
Aquel planeta de la cuarta esfera:
Aumentase la grita y el estruendo
De gentes, como si de talanquera
Vieran pelea de león y oso,
O tuvieran los toros en el coso.

Hay tanta multitud que los oprima
Como gran espesura de arboleda,
A la similitud que en el esgrima
Gran cantidad de gente hace rueda:
Llueven dardos y piedras de por cima
Por tantas partes, que ninguna queda
Donde nuestro Tovar, como quien era,
En su defensa justa persevera.

Duró desta manera la porfia
Con recíprocos acometimientos,
Hasta que declinó del mediodía
El sol con sus lieros movimientos:
El calor y la sed que se sufría
Pasó de los humanos sufrimientos,
Y traspasó la raya del espanto
Poder hombres mortales durar tanto.

No les sirven ballestas ni cañones
Con que bala mortal es impelida,
Y con que la braveza de escuadrones
Había sido siempre rebatida,
Porque faltaban ya las municiones,
Artificiales rayos y estampida;
Y así los indios, que lo tal sospechan,
Oportunas sazones aprovechan.

Comienzan de mas cerea los combates
Largando riendas á las osadías;
Pero los nuestros suben de quilates
Su brio, su valor y valentías,
Dando crüeles fines y remates
A las mas atrevidas gallardías;
Aunque desbaratados los que encuentran,
Por espaldas y lados otros entran.

Bien quisieran huir tan mala suerte,
Mas su resolución es homicida,
Porque si huyen caen en la muerte,
Y si no huyen piérdese la vida;
Al fin no puede, de lo que se advierte,
La determinación ser digerida;
Mas uno, que no sé decir quien era,
Al Tovar le habló desta manera:

«Decidme, señor mío, ¿qué esperamos
Cuando menos conviene que se espere?
Por las dos partes les acometamos
Por donde mas el impetu nos hiera.
¿Sus! en cuadrillas dos nos dividamos,
Y caiga de nosotros quien cayere;
Pues quien rompiere, como vivo salga,
Podría ser que de los piés se valga.»

Lo dicho por aquel soldado viejo
No les pareció mal á los oyentes,
Porque en perplejidad cualquier consejo
Da muestra de razones concluyentes:
Hallando pues en ellos aparejo
Sin haber pareceres diferentes,
Para romper á los que los impiden
En dos partes iguales se dividen.

Usábase traer barba crecida
En aquella sazón y autorizada,
Y era la del Tovar barba vellida,
Largos bigotes, toda bien poblada,
Y entonces la traía recogida
Al modo de cabellos entrenzada;
Y á los soldados, antes que comiencen,
A gran prisa mandó la desentrecen.

Debió de ser, según lo que yo puedo
Congeturar de aquesta diligencia,
A los imberbes indios poner miedo
Con la ferocidad de su presencia:
Y así con ferocísimo denuedo,
Confiado de Dios y su clemencia,
Puso los pensamientos y la frente
Adonde vió mas multitud de gente.

Mandó hacer el acometimiento
Diciendo: «Si Dios quiere que este día
Sea de mi final acabamiento,
Su voluntad se cumpla y no la mía,
Incierta de cual es acertamiento
Si por la santa suya no se guía.»
Y aquesto dicho, los insignes martes
Rompen la furia por entrambas partes.

Por donde fué la gente sin caudillo,
A causa de ir Tovar por otra vía,
Tentó subir el capitán Morillo
Que con treinta soldados acudia
A la gran algazara del castillo,
A los cuales Benalcázar envía,
Considerando que en el alto morro
Necesidad había de socorro.

Puso Morillo suma diligencia
Por llegar con los suyos al aprieto,
Mas al subir fué tal la resistencia
Que se volvieron sin hacer efeto;
Los otros que rompieron la violencia
Sin aguardar decoro ni respeto,
Se desgalgaron por la cuesta abajo
Por el camino que Morillo trajo.

Levanta los tobillos quien mas puede
Para juntarse con los de los llanos,
Y aunque este se despena y aquel rueda
Nadie cura de amigos ni de hermanos:
El furor de los indios que procede
Hubo los siete dellos á las manos;
Los otros escaparon de las redes,
Y destos es el Diego de Paredes.

Rompió por Tovar el torbellino
Que le cabía por su derescera,
Metióse por un monte convecino
Pensando que mejor le sucediera;
Mas en prosecución de su camino
Dió con innumerable gente fiera,
Demás de los que fueron en alcance
Por no perder áquel honroso lance.

Viéndose saltados de repente
De crüel escuadron aunque desnudo,
Quien mas aliento tuvo de su gente
Huyó por donde buenamente pudo;
Quedaron con él once solamente,
La mayor parte dellos sin escudo,
Que no haciendo cuenta de sus vidas
Procuran de vendellas bien vendidas.

«Mas el mayor estrago fué ninguno,
Si lo uno y lo otro se avalia,
Pues importaba mas la vida de uno
Que cuantas el peñol alto tenia;
El impetu de muchos importuno
Con terrible calor prevalecía,
Y de los miserables el mas fuerte
A brazos anda con la misma muerte.»

Destá manera la fiel docena,
Traspasada por pechos y por lados,
Anda pagando la severa pena
Que destinaron sus atroces hados,
Hasta que en sangre propia y en ajena
Quedaron todos ellos anegados,
Cortadas al momento las cabezas
Y los llagados cuerpos hechos piezas.

Así tuvo Tovar acabamiento
Que cuasi del Anasco fué trasunto,
El cual pudo fingir impedimento
Cuando de tacto mal tuvo barrunto;
Mas no quiso huir el detrimento,
Por no caer un punto de su punto,
Y á sus excusas todos dieran lado
A causa de estar bien acreditado.

Decían muchos ser fatal sentencia,
Planeta, signo, constelacion dura,
Pero la semejante dependencia
No tiene fuerza sobre la cordura,
Pues el varon dotado de prudencia
Muchos inconvenientes asegura,
Cuanto mas quel peligro del enhiesto
Peñol á todos era manifiesto.

A los demás que por despeñaderos
Huyeron divididos y apartados,
Dióles la vida ser de piés lieros,
Y entonces mas veloces que venados,
Y estar los indios, con los compañeros
Que con Tovar quedaron, ocupados;
Pues con cudicia del presente cebo
No fueron á buscar otro de nuevo.

Como suelen en indica dehesa
Cazadores con perros de trailla,
Que buscando sustentos de su mesa
Toparon de venados gran cuadrilla,
Y en aquellos que pueden hecha presa,
La resta no procuran de segulla,
Contentos con lo que en las manos queda,
Sin que tras lo dudoso se proceda:

Destá suerte los bárbaros espertos
En correr por lugares salebrosos,
No quisieron dejar los lances ciertos
Por seguir los inciertos y dudosos;
Mas repartidos ya los cuerpos muertos
Por los que se mostraron mas briosos,
Determinaron con potente mano
Romper con el ejército cristiano.

Ocupáronles todas las salidas
Con tantas gentes y de tal manera,
Que corrieran gran riesgo de las vidas
Si por adonde entraron se saliera;
Después á salvo dan arremetidas
Tantas, que les conyino salir fuera,
Tomando las montañas por amparo
Para por ellas ir á campo claro.

Caminaron con gran desabrimiento
Por los habidos en aquel viaje;
Y en confianza de cursado tiento
Rompiéron por el áspero bosqueaje,
Camino de mayor detenimiento,
Hasta que ya llegaron al paraje
De Cali, do salieron mal parados,
Mas no de sus venganzas olvidados.

Y así, después que ya la primavera
Del de cuarenta y uno fué llegada,
El fuerte Benalcázar persevera
En la guerra de Paez comenzada,
A la cual coyuntura Juan Cabrera
Volvió del nuevo reino de Granada,
Que no le dió pequeño regocijo
Por le tener amor de mas que hijo.

Y en comun redundaron los placeres
Por él hacellos á cualquiera banda,
Demás de que vulgares pareceres
Se van tras el que tiene quien los manda:
Dióle de general largos poderes,
Y fueron contra la nación nefanda,
Donde después que entraron en la tierra,
Sin mal suceso les hicieron guerra.

El modo de hacella no lo digo,
Por ser inacabable si se empieza,
Pero sé que se hizo gran castigo,
Adonde les quebraron la cabeza,
Satisfaciéndose del enemigo,
Sin morir español ni faltar pieza;
Mas con los castigar según le plugo
No pudo sometellos á su yugo.

Después ya de punir aquestas gentes,
Sobre cuantas nacieron inhumanas,
Recorrieron provincias diferentes,
Así remotas como comarcanas,
Gastandose los tres años siguientes
En las pacificar y hacer llanas,
Al cabo de los cuales nuestros reyes
En Indias estamparon nuevas leyes.

Para Pirú con esta diligencia
Por virey vino Blasco Nuñez Vela,
Donde la tierra falta de obediencia
Contra mandatos regios se rebela;
Y porque de aquí tiene dependencia
Aquello que me resta de la tela
De Benalcázar, la por mí cumplida,
Pero con canto nuevo difundida.

CANTO DECIMO.

Donde se cuenta la venida del virey Blasco Nuñez Vela á Popayán, y cómo allí se rebizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados.

Los que mal hacen, porque no se entienda,
Huyen de donde resplandece lumbre;
A los incorregibles el enmienda
Les es intolerable pesadumbre;
Y así suelen decir, á los sin rienda
A par de muerte ser mudar costumbre,
Que como sobre mal subycto caiga
Con gran dificultad se desarraiga.

Pues como corregillos es al gusto
Y voluntad de los celosos reyes,
Y en Indias no viviesen tan al justo
Que no tractasen mal barbaras greyes,
El gran emperador César Augusto
Don Carlos quinto hizo nuevas leyes
Para que desterrada la malicia
Se besasen la paz y la justicia.

Fueron en el Pirú mal recibidas,
Y el virey, mas brioso que paciente,
Con celo de las ver obedecidas,
Queríalo llevar por lo valiente:
La furia de las gentes atrevidas
A tal temeridad puso la frente,
Que para lo prender se dieron maña,
Y preso le mandaban ir á España.

Mas en el mar del Sur el mensajero,
Pareciéndole grave desatino
No dalle libertad al prisionero,
En ella lo dejó por el camino:
El para castigar el desafuero
A la ciudad de Popayán se vino,
Adonde Benalcázar y sus gentes
A sus mandatos fueron obedientes.

Como reconoció leales pechos
En todos estos pueblos comarcanos,
Juntó soldados, armas y pertrechos
Para revolver sobre los tiranos;
Los cuales ya sus temerarios hechos
Sustentaban con armas en las manos,
Cierto papel tomando por cubija
Y á Gonzalo Pizarro que los rija.

El cual, sabidas bien las intenciones
Del virey, según hemos declarado,
Para Quito guño sus escuadrones
Y puso contra rev campo formado,
Con tantas y tan buenas prevenciones
Cuantas pedía caso tan pesado:
Hizo el virey la misma diligencia,
Pero menoscabado de potencia.

Fué Benalcázar pues en su servicio,
Y con honroso cargo Juan Cabrera,
Con otros muchos que en aquel oficio
Pudieran ser preciados donde quiera;
Mas no les acudió hado propicio
A los que siguen la real bandera,
Porque los mas murieron junto á Quito
En aquel asperísimo conflicto.

Al fin prevaleció lo mal fundado,
Y entonces el derecho quedó leso,
Por se hallar el campo rebelado
Con posibilidad de mayor peso:
Fue pues el Blasco Nuñez degollado,
Y nuestro Benalcázar quedó preso,
No libre de heridas, mas de suerte
Que se halló cercano de la muerte.

Mas la que no le dió confusa mano
Cuando Mejera su furor enciende,
Quisiera se la dar un mal cristiano
Que (porque fué leal) lo reprehende;
Y Gomez de Alvarado, mas humano,
Del impetu tirano lo defiende,
A cuya fe de noble caballero
Benalcázar se dió por prisionero.

Quiéren decir algunos que Gonzalo
Pizarro, precediendo sinsabores,
No tuvo contra él intento malo,
Tractándolo por términos mejores;
Pero para privallo del regalo
No faltaban perversos consultores,
Diciéndole: «Señor, destos los penidos,
Que tarde, mal y nunca serán buenos.»

Al fin el Alvarado con prudencia,
Siendo su propio honor el interesse,
Solicitó con suma vehemencia
Que libertad precisa se le diese,
Y así Pizarro proveyó licencia
Para que a su gobierno se volviese;
Y al mismo punto quel despacho vino,
Se puso con algunos en camino.

Huyendo de los términos tiranos
Ninguno de buen pecho mas espera,
Dejándoles las capas en las manos,
Y destos Francisco Fernandez era,
Aunque después el pobre cascós-vanos
Contra pendon real alzó bandera:
En los cuales sucesos no me alargo
Porque otros los tomaron a su cargo.

De Benalcázar tractó solamente,
Que caminó con la licencia dada,
Y por consejo de dañada gente
Fué dentro de dos dias revocada;
Y así fueron con paso diligente
Tras él por estorballe la jornada,
Pero, herido ya desta sospecha,
El camino real de sí desecha.

Por la sierra se fué con este miedo,
Sin reparar desde salió de Quito,
Por verse lejos de tan mal enredo,
Cual es el que pusimos por escrito;
Y entonces sucedió lo de Robledo,
Que porque lo conté no lo repito,
Mas quien quisiere relacion mas llena
Lea lo que tracté de Cartagena.

Sobre mil y quinientos ya corría
El de cuarenta y seis de nuestro fuero,
Y en el décimo mes al cuarto día
Vieron este suceso lastimero,
El mismo año que furiosos cria
La muerte del virey fué por enero;
Y este negocio, de lealtad ajeno,
En las Españas dió terrible trueno.

Por el Pirú la furia mas se empina,
No que faltase quien al rey obligue,
Pero comunidad, si desatina,
Olvidada del bien lo malo sigue.
Al fin su Majestad se determina
Enviarles juez que los castigue,
Y fué contra la pérdida borrasca
El cuerdo licenciado Pedro Gasca.

A Panamá llegó, donde la llama
Tiránica tendía su creciente;
Mas á los principales de la trama
Ganó las voluntades fácilmente,
Y á Benalcázar por su buena fama
Escribió que procure hacer gente,
Para luego pasar en su demanda
A Pirú contra la rebelde banda.

Visto por Benalcázar el edlto
Y sello de potencia soberana,
Con gente se partió via de Quito,
Porque ya la ciudad estaba llana;
Al fin se vió con él y en el conflicto
De la batalla de Xaquixaguana,
Do Gonzalo Pizarro con el resto
Quedó de vida y honra descompuesto.

El cual pudo vivir rico y contento
Sin aspirar á regio señorio.
Mas tendió velas á su desatiento
Por golfo de supremo poderio,
Y así, con soplos de soberbio viento
Y poco lastre, zozobró el navio,
Ahogando proezas de servicios
En ondas de tiránicos bullicios.

Viérades por el lodo las grandezas
De los que se mostraban mas lozanos,
Y en qué pararon sueños y torpezas,
Furias y devaneos de tiranos,
Y cómo los varones de riquezas
Con nada se hallaron en las manos,
Confiscado caudal, honras perdidas,
Demás de las yacturas de las vidas.

Dado ya fin á la tirana guerra,
Cuyo castigo fué sanguinolento,
Demás de multitud que se destierra
Menos culpados en el alzamiento,
Benalcázar volvió para la tierra
Donde tenia su adelantamiento,
Con deseo de ya vivir quieto
Si pudiera gozar de tal efecto.

Mas en la rueda del humano juego
Siempre fortuna da carta cubierta,
Y así cuando teneis algun sosiego,
Que raras veces á venir acierta,
Para lo perturbar acuden luego
Cien mil desasosiegos á la puerta;
Porque la quietud de los humanos
Es tal que se desliza de las manos.

El mas cierto placer es como sueño
Que en memoria no hace permanencia;
Lo cual en Benalcázar os enseño,
Que cuando vido del un apariencia,
El licenciado Francisco Briceño
Llegó para tomalle residencia
Sobre la muerte de George Robledo
Y algunas cosas que escribir no puedo.

Hasta de la mas baja menudencia
Le hizo cargo, y admitió querrela
De la viuda que con impaciencia
Lloraba siempre la marital mella:
Vistas las causas, pronunció sentencia,
Que fué de muerte, mas apeló della
Ante el monarca de suprema silla,
Para seguir sus causas en Castilla.

Tomó fianzas el que lo condena,
E ya puesta por obra la partida,
Vejez, enfermedad y grave pena,
Le cortaron el hilo de la vida
Dentro de la ciudad de Cartagena,
Emula gente, pero comedia,
Que como nobles y de canas sienes
Le hicieron exequias muy solenes.

Pagado pues el natural tributo
Cargado sobre todos los mortales,
El don Pedro de Heredia puso luto
Con los demás vecinos principales,
Haciéndole sepulcro bien instruto,
Honrosos y cumplidos funerales,
Y encima de la tumba do yacia
Pusieron una letra que decia:

*Ista Benalcázar potuit concludere tumba,
Ipsius at famam claudere non valuit:
Succubuit fati, que passim candida turbant,
Gesta tamen calamo sunt celebranda pio.*

Yace Benalcázar fuerte Fué de los hados rendido,
En esta terrestre cama Y á la injuria sometido
Que cubre la frágil trama; De mudanzas temporallex,
Pero no pudo la muerte Mas sus hechos fueron tales
Encubrir su buena fama. Que no merecen olvido.

Cuando cerró los ojos con eterno
Sueño, fué por el año de cincuenta,
Y hasta ver gobernador moderno
O lo que mas al alto rey contenta,
Briceño se quedó con el gobierno;
Y así para dar del honrosa cuenta,
Dió conductas y euerdas instrucciones
Para hacer cristianas poblaciones.

A Vasco de Guzmán, por el abono
Que del tenia por la comun fama,
Mandó poblar en lo de Guachicón,
Que por los nuestros Almaguer se llama;
Al cual poco después quitó del trono
Por dar oídos á quien lo desama,
Siendo del desacredito terceros
Un Juan de Medellín y Luis Mideros.

A cuya petición fué proveído
Alonso de Fuen Mayor, que era yerno
De Benalcázar, hombre ya rompido,
Y de buenas industrias y gobierno:
Muchos soldados siguen su partido,
Que no señalará nuestro cuaderno;
Mas dellos fué Vicente de Tamayo
Que desta tela me proveyó sayo.

Y un Alvaro de Oyon, de quien la historia
Que hago tractará prolijo rato,
Haciendo de sus cosas la memoria
Que los antiguos hacen de Herostrato,
Vaso de necedad y vanagloria,
Arronjadizo, torpe, mentecato,
Mas del vulgo tenido comunmente,
Siendo hombre temerario, por valiente.

Era de Guelva, pueblo del condado,
Segun oimos á personas varias,
Nieto del comunero condenado
Que dijo «mi compadre Gomez Arias»,
Que por ser un romance muy trillado
Las razones se dan aquí sumarias,
Pero quien del sucesó mas desea
Lo restante de aquel romance vea.

El Oyon ansimismo fué culpado
En el Pirú con los del alzamiento,
El cual vino con otros desterrado,
Personas que no fueron de momento;
Después en Almaguer fué señalado
Por escuadra, con otros que no cuento,
Y allí sin ocasion de tener guerra
Rinó con un soldado de su tierra.

Fué Francisco Dominguez el que digo,
Y aunque los despartieron sin herida,
Sancho de Rojas, del Oyon amigo,
Fué del dicho Dominguez homicida,
Sin que pudiese declarar testigo
Otra razon ni causa conocida:
Sabido por Oyon el mal recado,
Los dos se retrajeron á sagrado.

Luego de Guachicón se salieron
Usando de recatos necesarios,
Y á la villa de Cali se volvieron
Fuera de los caminos ordinarios,
Adonde dicen que se retrajeron
Al monasterio de los mercenarios;
Y los intentos del Oyon han sido
Librarse del delicto cometido.

Porque se proferia dar bastante
Informacion, que de la contingencia
En la desgracia nada fué culpante,
Ni riñeron los dos en su presencia;
Antes del caso que le fué tocante
Había ya pasado la pendencia,
Y estaba con quietud en su posada
Cuando supo la muerte desastrada.

Quiso pues presentarse de su grado
Debajo de tener prenda segura,
Para lo cual Tamayo fué rogado
Y otros presentes á la coyuntura,
Que hablasen al dicho licenciado
A quien tocaba la judicatura:
Habláronle, del cual tuvieron presta
Y fuera de su gusto la respuesta.

Porque como varon de quien hūia
Término simulado de malicia,
Les dijo rasamente que cumplia
Perder de presentarse la cudicia;
Pues presentado, por ninguna via
El dejaria de hacer justicia,
Y lo mejor de las informaciones
Era salirse dentre los tizones.

Sabida por Oyon la resoluta
Respuesta dada por juez severo,
Sin réplica de prueba ni disputa
A Popayán llevó paso ligero,
Donde halló tener cierta conduta
De capitán un Sebastián Quintero
Para poblar los cambis de camino,
Y era de donde Oyon y su vecino.

El cual como le viese descontento
Le dijo: «Señor, id á mi jornada,
Que creo que será de mas momento
Que la que vos teníades poblada;
Terné de capitán yo nombramiento,
Por vos será la gente gobernada,
Y de las suertes digo desde agora
Que la vuestra será con gran mejora.

Aceptó la promesa y el regalo
Que se le dió de buen aviamiento,
Sin presumirse del intento malo,
Porque no se le dió desabrimiento;
Antes le dió Quintero mando y palo
Y punto no faltó del cumplimiento;
E ya la gente bien apercebida,
En efecto se puso la partida.

Sobre mil y quinientos ya corría
El de cincuenta y uno de los años
Del parto pio de la Virgen pia
Que fué reparación de nuestros daños,
Cuando poblaron do se pretendia
Para la conversion de los estraños;
Y por hallar alguna, segun fama,
San Sebastián de la Plata se llama.

Allanada la tierra con aumento,
Fué su persona bien gratificada,
Y el Sebastián Quintero, con intento
De vella mucho mas acreditada,
Enviólo con el apuntamiento
A este nuevo reino de Granada,
Siendo Galarza y Góngora oidores
Primeros, y después pocos mejores.

A Bogotá llegó, y al presidente
Presentó los recaudos y escriptura,
E yo lo ví, que me hallé presente
En la ciudad en esta coyuntura,
Donde no tuvo tal el despidiente
Que conformase con su conyectura,
Porque en el confirmar algo se altera,
Y no faltó quien dijo quién él era.

Y entonces á la puerta de un platero,
Jorge de Quintanilla que lo via
Con paño de cabeza y un sombrero
(Presente vo) le dijo, ¿qué tenia?
Y respondió: «Señor, aquí me muero
De dolor de cabeza cada día».
Y no pudo hablar mejor sentencia,
Pues esta fué su principal dolencia.

Hombre mas que mediano, bien fornido,
Y no de entendimiento delicado,
Pues aunque hijodalgo conocido,
Bronco me pareció y avillanado;
Andaba del demonio revestido,
El rostro torvo, melancolizado,
Como quien se quemaba con el fuego
De la fea maldad que diré luego.

Para cuyas horribles pretensiones
Compró del caudal poco que tenia
Arcabuces y algunas municiones,
Conformes á su loca fantasia,
So color de que son preparaciones
De guerra que en los cambis se hacia,
Adonde se volvió con los que vino,
Rendidos á su torpe desatino.

En la misma sazón el licenciado
Briceño, ya tomada residencia
A capitanes del adelantado,
Se vino para la real audiencia
Del nuevo reino, por estar nombrado
Senador della por real potencia;
Llegó también en este mismo año
El suelto licenciado Juan Montaña.

El Oyon á los cambios ya venido
Con tres ó cuatro de su compañía,
Fué del leal Quintero recibido
Con mejor pecho quel traidor traía:
Dió larga cuenta de lo sucedido,
Mas no de la traición que pretendía,
Porque si della vieran apariencia
Fuera luego punida su demencia.

Pero con otra juvenil compañía,
Veletas que se van tras cualquier viento,
Facilitándoles esta hazaña
Con grande prevención de juramento,
El pérfido traidor se dió tal maña
Que ganó votos y consentimiento,
Pesando la graveza deste peso
Con la balanza de su poco seso.

Y es consideración que nos admira
Deste pobre mas pobre de aquel suelo,
Que para tirar alto se retira
De la seguridad del fiel celo;
Y al tiempo del tirar puso la mira
En un blanco clavado con el cielo,
Donde toda la fuerza de fortuna
Para llegar es menos que ninguna.

Pero comunes son estos escesos
En gente torpe cuando devanea,
Adoptando principios y progresos
Al desvanecimiento de su idea,
Y que no serán menos los sucesos
De como su juicio los tantea;
Y así sin prometerse mal remate
Dió el Oyon en este disparate.

Veinte personas pues ya conjuradas
Para la gran traición que se tramaba,
Al Quintero le dió de puñaladas
Y á los demás de quien se recelaba,
Que no querían ir por las pisadas
Del áspero camino que llevaba,
Teniendo cada cual libre su pecho
De tan atroz, cruel y enorme hecho.

Mas ¿quién devisará cubierta brasa
En la ceniza del traidor amigo,
Que goza de mi mesa y de mi casa
Y en gran conformidad tracta conmigo,
Muestras sinceras, apariencia rasa,
Y en las entrañas bosque de enemigo,
De donde sale para hacer salto
El con ardid aleve, yo del fallo?

Muertos del pueblo pues los mas insines,
A dos dellos por gran ruego destierra,
Haciendo cuenta que por los confines
Los matarian indios de la tierra:
El uno fué Juan Lopez Paradinés,
Que con el otro por gente de guerra
Pasaron, con notable detrimento,
Desarmados y sin mantenimiento.

Debió de ser divina providencia
Desterrar estos dos el torpe ciego,
Porque si Popayán sin advertencia
Estuviera del pérfido ceteño,
Estendírase mas esta dolencia
Y fuera malo de matar el fuego;
Pero guíolos la bondad inmensa
Por mejor vía quel tirano piensa.

Pues aunque por montañas y breñales,
Huyendo de caminos y de asiento,
Poblado de los bárbaros bestiales,
Y sin pacífico conocimiento,
Rotos, descalzos y con otros males,
Fueron á Popayán en salvamento,
Do publicaron la traición y modo,
Con sobresalto general de todos.

Y así como negocio tan terrible
No sufría prolijas dilaciones,
Con la presteza que les fué posible
Alistaron guerreras municiones,
Y antes que la maldad fuese visible
Avisaron cercanas poblaciones,
Y con temor que á Popayán acuda,
A Cali y Almaguer piden ayuda.

Cali, que con las mismas conyecturas
Venir allí primero se recela,
No le pareció bien quedar á oscuras
Por dar al otro pueblo la candela;
Los de Almaguer, aunque las nuevas duras
Pedían mas posible de tutela,
Enviaron por ser mas comedidos
Doce vecinos, hombres escogidos.

Estos son: Luis Mideros, lusitano,
Francisco Ruiz y Alvaro Gudino,
Antonio de Guevara, toledano,
Y Joanes de Gaviria, vizeaino,
Tamayo, Alonso Casco, trujillano,
Martín Muñoz, de Ubeda vecino,
Cosme de Torres, Pedro Galiciano,
Gonzalo Gomez, Juan de Medellín,
En caballos lozanos y lijeros,
Y por su capitán Luis Mideros.

Llevaron paso bien apresurado,
Y á la ciudad de Popayán venidos,
Fueron del capitán Diego Delgado
Y del cabildo muy bien recibidos;
Fueron, según el orden mas cursado,
Oficios de la guerra proveidos,
Que por los ignorar no los estampo:
Solo sé ser Lobon maese de campo.

De los unos y otros hecha cuenta,
Dispuestos á la cota y al almete,
Hallaron cinco menos de setenta,
Entrellos de caballo diez y siete,
Que muchos en rigor de mas afrenta
Sacaron bien la barba y el copete:
Negros preparan, indios yanaconas,
Demás del número destas personas.

Cada cual en su pueblo se velaba
En las nocturnas horas y de día,
Y el capitán Delgado procuraba,
Con bárbaras espías que tenía,
Saber del mal Oyon donde llegaba
Para ver la derrota que seguía;
Y de los indios de repartimientos
Tenían los avisos por momentos.

Oyon desde cortó la vital trama
A los que conocía ser leales,
El principe de libertad se llama,
Siendo captivo de sus propios males:
Y entre los herederos de su fama
A su gusto nombró los oficiales;
Y destos Diego Gomez de Casañas,
Maese de campo fué de las marañas.

Hecha por él aquesta diligencia,
En ese mismo punto determina
Dar en los pueblos de menos potencia:
Primero Neiba, por le ser vecina,
Adonde por faltalle resistencia
Y no ser destos males adevina,
Mató los del cabildo y regimiento,
Y los demás llevó que yo no cuento.

A Timaná llegó con sus soldados,
Muchos sin voluntad destas pendencias,
Adonde como estaban descuidados
Usó de sus sangrientas insolencias:
Los muertos no me fueron señalados
Ni las particulares menudencias;
Pero robó del rey caudales ciertos
Y el oro de los vivos y los muertos.

Las armas recogió, y aquesto hecho,
Allí tuvo de gente mas aumento,
Que contra voluntad y á su despecho
Metieron prenda de su perdimiento;
A Popayán se fué luego derecho,
Do siempre tuvo principal intento,

Porque subyectos estos á su mano,
Pensaba lo demás tenello llano.

¡Oh vana presunción, consejos vanos,
Y cuán preciso forma su balance
En yerros tan pesados de livianos
Que como tales ha de errar el lance!
Pues aun á lo seguro y entre manos
Apenas le podemos dar alcance,
Y el mentecapto de conciencia loca
Mide sucesos á pedir de boca.

Agora va feroz, brioso, fuerte,
Sin temor de contraste ni caída,
Lleándolo su pernicioso suerte
A los remates de la mala vida,
Con afrentosa y abatida muerte,
Segun él la tenía merecida,
Corriendo mas dos años de la cuenta
De los mil y quinientos y cincuenta.

Era venido ya don Juan de Ovalle,
Obispo, natural de Moazonillo,
A quien por su valor quisiera dalle
Elogio que no fuera tan sencillo;
Pero no será justo que se calle
El haber sido principal caudillo
En industrias, defensas y en ardidés,
Para desbaratar tiranas lides.

En todas ciencias fué varon entero
Y en esto dió prudentes pareceres;
Armóse de las hojas del acero,
Y ansimismo con él todo su clero:
Metieron en el templo las mujeres,
Do con semblante de leon severo,
Recogidas casadas y doncellas,
A su cargo tomó la guarda dellas.

Llegaron pues á la ciudad pajiza,
Aunque de tapias las demás labores,
Cuando la Santa Madre solemniza,
Juntos los celestiales moradores,
Y por los convertidos en ceniza
Con pias oraciones da clamores;
Adonde dar con claridad no quiso,
Pensando que vivían sin aviso.

Quel gran peligro los hacia ciertos
Ser luego los dos hombres desterrados,
A manos de crúeles indios muertos,
Y de otros no poder ser avisados:
Estuvieron pues todos encubiertos
Para ver la derrota que seguía;
Por asaltar el pueblo con obscuro,
Suponiendo dormir sobre seguro.

Y en esto no llevaban malos tinos,
A no ser su cautela conocida;
Pero como tuviesen los vecinos
Entera relación de su venida,
Fuera velaba gente los caminos,
Y la del pueblo bien apercebida,
Estando do recelau mas el rayo
Un Francisco de Arévalo y Tamayo.

Estos dos en caballos principales,
Con guerreros recatos y cautelas,
Y metidos en ciertos matorrales
Dos prontas y avisadas centinelas,
Porque sintiéndose los desleales
Batiésen y arrimasen las espuelas
A dar de la venida relaciones,
A las ancas llevando los peones.

Y así, tendidas las nocturnas alas
Y del sueño la dulce pesadumbre,
Ausente de palacios y de salas
El fuego material que les da lumbre,
Salieron por su mal las gentes malas
A hacer lo que tienen de costumbre:
Eran setenta y cinco todos ellos,
Y algunos van como de los cabellos.

Otros desde los pies á la garganta
Cubiertos de la malla jacarina,
Y á todos se aventaja y adelanta
Aquel que para mal los encamina,
Guarnido de una dura cuera de anta
Encima puesta de la cota fina,

En las manos aguda partesana,
Celada fuerte la cabeza vana.

No pudo caminar tan recatado
Que de las velas no fuese sentido:
Al pueblo se le dió luego mandado
Tacitamente sin hacer ruido;
Esperólos el capitán Delgado
Dentro de la ciudad apercebido,
Porque, por ser la noche tenebrosa,
No cumplió que hiciesen otra cosa.

El pueblo todo se desembaraza
No dejando persona divertida,
Porque la nuestra y aun la gente baza
En dos casas estaba recogida,
Cuyas puertas salían á la plaza,
Cada cual dellas cómoda guarida,
Hechas por las paredes y aceras
Para los arcabuces sus troneras.

Estos, según el orden que tenían,
Fueron en sus lugares repartidos,
Puestos de tal manera que podían
Ofender sin poder ser ofendidos;
Caballeros armados atendían
En un zaguán secretos y abscondidos,
Para tomalles las espaldas luego
Que viesén comenzar el marceio juego.

Mas el efecto desto no se vido
Puntualmente como se declara,
Por cierto caballero mal sufrido
Que llamaban Antonio de Guevara;
Pues pareciéndole tiempo perdido
El que después de vellos esperara,
Quiso, sin que pasasen mas adentro,
Salir con los jinetes al encuentro.

Y así, cuando llegaba ya cercana
La turba ciega de los conjurados,
«Aquí estamos, les dijo, no sin gana
De ver vuestros remates desastrados:
¡Oh miserables, que venís por lana
Adonde sereis presto trasquilados,
Divisos de los cuerpos vuestros cuellos,
Porque caigan de golpe los cabellos!»

Estos requiebros del leal jinete
Apenas percibieron los oídos,
Cuando bando traidor les acomete
Y fueron del leal acometidos;
Pero los cinco destos diez y siete,
De pálido temor siendo rendidos,
Desparecieron como flaca paja
Que violenta furia desparpaja.

Sus nombres no se ponen en historia,
Por no decillos quien los conocía;
Pero yo hiciera dellos la memoria
Que su bajaza grande merecía,
Para que con razón fuera notoria
A la posteridad su villanía:
Quedaron pues los doce sin delicto
En la tribulación y en el conflicto.

Estos con los caballos van rompiendo
Haciendo lo posible como buenos,
Los pocos á los muchos retrayendo,
Y los muchos á veces á los menos,
Heridas dando, golpes recibiendo,
Que les hacían detener los frenos;
Pero volvían al sangriento trato,
Y en esto consumieron largo rato.

Hasta que los tiranos encendidos
En escuadron cerrado revolieron,
Juzgando los leales por perdidos,
Segun el poco número sintieron;
Con la cual furia fueron retraidos
Al patio de la casa do salieron,
Y á pié, con buenas armas enastadas,
Con gran valor defienden las entradas.

Crece las temerarias confusiones
Y voces del Oyon que los anima,
El cual, reconociendo ser varones
Con quien combaten de valor y estima,
Subió por la pared con intenciones
De solo se meter en el esgrima,

Para que dentro él y en la reyerta
Los de fuera ganasen esta puerta.

Mas Juan de Medellín, como cercana
Persona que lo vió y el ardid sienta,
Le dió tal golpe con la partesana
Que lo precipitó galanamente:
Espaldas tocan á la tierra llana,
Y mejoró los pies incontinente,
Maldiciéndose á sí y á sus bellacos.
Por mostrarse tan flojos y tan flacos.

A la puerta revuelve con los brios
Que pudiera llevar fiera serpiente,
Diciéndoles: «Aquí, soldados míos,
Aquí y á ellos, porque no son veinte.»
Tamayo dice: «Vuestros desvarios
Os ponen esas cosas en la frente:
Llega con vuestro loco pensamiento,
Y pareceros han los pocos ciento.»

Durante la borrasca, que fué brava,
Uno de la tiránica cuadrilla
Sacó arpon agudo del aljaba
Para se valer dél en la rencilla,
Y á Francisco de Arévalo le clava
Por el siniestro lado la mejilla:
Cayó del golpe luego cuasi muerto,
Dejándoles el paso mas abierto.

Porque los once, con el sobresalto,
Aflojaron en alguna manera,
Y entonces el Oyon de un solo salto
En el umbral se puso, mas cualquiera
De los otros allí no quedó falto
De fuerte brío por echallo fuera,
Lo cual se hizo con ardor terrible,
Haciendo todos mas que lo posible.

Huye la cobardia y el desmayo,
Segun necesidad les aconseja;
Y entonces al Vicente de Tamayo,
Que á los hercúleos golpes se empareja
Con el impulso de sulfureo rayo,
Los tiranos le dieron en la ceja:
No le quedaron ambos ojos llenos,
Pues que lo vemos hoy con uno menos.

A Antonio de Guevara, que lozano
Allí se muestra con un atabarda,
Le llevaron un dedo de la mano
Con duro globo de la masa parda,
El número de nueve quedó sano
Y con ellos Guevara hizo guarda
De tal manera, que aunque dan en ellos,
Poderosos no son para rompellos.

Mas ya muchos estaban mal heridos
Por los demás leales, que al seguro
Del lugar donde estaban abscondidos
No yerran á los bultos con obscuro:
Halláronse confusos y perdidos,
Y así huyendo deste trance duro,
Acuerdan todos en el mismo punto
Entrar en un solar que estaba junto.

Para ver si de dentro se podría
A los heridos dar alguna cura,
La cual su grave yerro no sufría
Por ser mal incurable tal locura:
Consultaban también qué se haría
Acerca de buscar parte segura,
Creuyendo ya de la leal potencia
No quererse poner en contingencia.

Antes piensan que lo que se dilata
De tiempo todos estarían quedos,
Mandándoles hacer puente de plata,
Acobardados con villanos miedos:
No mirando cuán presto desbarata
La justicia de Dios falsos enredos,
Y que quien sobre vanidad estriba
Cae, pues ella misma lo derriba.

Conformes en aqueste desvario,
Que no les costó menos que las vidas,
Encendieron un pequeño buhío
Para ver con su lumbre las heridas:
Los leales, que no largo desvío
Estaban, viendo lumbres encendidas,

Salieron todos, y el Diego Delgado
Mandó tomar la puerta del cercado.

Por indios de macanas y flecheros
Ansimismo la cuadra se rodea,
Que por los transparentes agujeros
Sus flechas cada cual dellos emplea,
Porque los fuegos altos y lijeros
Les descubrian la caterva fea;
De suerte que los miseros tiranos
La pena se tomaron con sus manos.

Por cuya causa, de la parte rasa
Do la fuerza del fuego convertía
Los edificios pálidos en brasa,
Se desvió la torpe compañía
Para se defender en otra casa
Mayor, que dentro del solar habia;
Y así se recogieron tras paredes,
Que fué dar de los lazos en las redes.

Como dará cualquier que se menea
A caso feo de lealtad extraño;
Y aunque le venga de lo que desea
Algun gusto, será para mas daño:
Pues está claro que lo que tantea
Con propios desengaños es engaño,
Y al fin ha de venir á pagadero,
Segun aquestos, cuyo fin espero.

Los cuales, como dentro se metiesen,
El Delgado tomó la puerta luego
Con los demás, diciendo que se diesen
Y se desjasen del intento ciego;
Porque si su defensa pretendiesen
Al aposento le ponian fuego,
Donde ellos con sus perfdos motivos
Habian de morir quemados vivos.

Con aquesto cesó la resistencia,
Diciendo: «Por amor de Dios rogamos
Useis en este caso de clemencia,
Porque como católicos muramos
Con sacramento de la penitencia,
El cual pedimos y este deseamos:
Que ya todos los mas en los extremos
Estamos, de heridas que tenemos.»

A tiempo lo pidieron oportuno
Para se redimir de llamas vivas;
Y todos los leales de consuno
Admitieron aquellas rogativas,
Mandándoles que salgan uno á uno
Sin armas defensivas ni ofensivas;
Porque sin falta se les dará gusto
Cerca de lo que piden, por ser justo.

Salieron su locura maldiciendo
Y del movedor della blasfemando,
E uno á uno como van saliendo
Los iban en cadenas enlazando:
Unos lamentan, otros van gimiendo,
Su desastrado fin adivinando,
Porque crimen tan feo y tan atroce
Pedia ser mortífera la coce.

Después que fueron bien aprisionados,
Así los sanos como los heridos,
Ya por los bajos valles y collados
Iban febeos rayos estendidos,
Y á punto sacerdotes convocados
Que para culpas abran los oídos,
Y para los delitos manifiestos
Ejecutores ansimismo prestos.

Al Oyon y otros tres hicieron cuartos,
Como culpados mas en los escesos;
Cuelgan eatorce de ásperos espartos,
Sin gastarse papel en los procesos:
Manos y pies también cortaron hartos
De los que constó ser menos aviesos,
Y los otros á penas mas lijeras,
Azotes ó destierros, y á galeras.

Antes que al Alvaro de Oyon se diera
Aquel castigo, de su culpa dino,
Demandó de comer, como si fuera
De menos pesadumbre su camino;
Y así comió y bebió la vez postrera,
Siempre con un esfuerzo peregrino,

Que por ventura fué mas de valiente,
Que de bien preparado penitente.

Y al tiempo de sus justas puniciones
En él notaron una cosa dina
De no se nos pasar entre renglones,
Por ser á lo que creo peregrina:
Cerdas de mas rigor que de lechones,
Nativas en la vía de la urina,
Algo larguillas, y de tal manera
Que buen espacio le salian fuera.

Estos fueron los fines y remates
Desta caterva loca sediciosa,
Que quiso de antiparas y alpargates
Investirse de ropa mas costosa;
Pero los semejantes disparates
No vienen á parar en otra cosa;
Y aun no bastaron muertes y tormentos
Para refrenar furias de otros vientos.

Porque después, algunos desterrados
Que en lo de Francisco Fernandez fueron
Al tiempo que se rebeló culpados,
A la ciudad de Popayan vinieron,
Adonde, como mal acostumbrados,
Alzarse con la tierra presumieron:
Daré pues relacion deste dislate
En canto con que todo se remate.

CANTO UNDECIMO.

Donde se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernacion de Popayan hasta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alzamiento que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Pirú, cuando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco.

Las malas mañas y costumbres viejas
Raras veces las vemos con enmienda:
Cortan á los ladrones las orejas,
Porque la punicion les ponga rienda;
Mas aunque mudan suelo las vulpejas,
No pierden las astucias y vivienda,
Hasta tanto que ya su vivir malo
Hace dejacion dellas en el palo.

Para verificar como parece
Ser aqueste su fin y paradero,
Otro rebelion se nos ofrece
No menos mal fundado quel primero,
Adonde lo de Popayan fenece
Por ser de su terreno lo postrero,
Cuya revolucion y desatino
Este canto dirá de dónde vino.

Midiendo ya la celestial espira
Años cincuenta y cinco de la era
Sobre mil y quinientos donde tira
El cómputo de cuenta verdadera,
Un Francisco Fernandez Giron gira
Los pasos llanos de leal carrera,
A precipicio cuya dependencia
Le dió traidor renombre por herencia.

Este con los demás colaterales
Fueron para Pirú nocivo rayo,
Hasta tanto que buenos y leales
Rompieron los girones deste sayo;
Y en penas y castigos de sus males
Padecieron mortífero desmayo,
Y los de menos prendas en el yerro
De Pirú condenados á destierro.

Quitados los troncones de la roza,
Fueron en el destierro compañeros
Mateo del Saz y Pedro de Mendoza,
Pedro de Villagran, Castro, Riveros,
Barroso, Orquijo y otra gente moza
Culpados en los dichos desafueros,
Que para Popayan alzaron faldas,
Algunos santiguadas las espaldas,

Disimuladas bien con perpiñanes,
Galanos y honoríficos vestidos;
Y como fuesen diestros charlatanes,
Fanfarrones y muy entremetidos,
Ganaron lado de los capitanes
En Cali y Popayan en mas tenidos,
Como digamos Fuen Mayor, Florencio,
Serrano y Diego de Villavicencio.

Algunos destes Fuen Mayor tenia
Y el buen Villavicencio en su posada,
Con liberalidad y cortesia,
Como si fuera gente mas granada;
Mas no ganaron en la mercancia,
Antes perdieron por estar dañada,
Su crédito quedando de mienguante
Segun declararemos adelante.

En aquesta sazón era venido
A gobernar la tierra deste fuero
Un Luis de Guzmán, hombre rompido,
Valiente y honoroso caballero,
De semejante mal inadvertido,
En todo lo demás vivo y entero,
Con buenas prevenciones y recato,
Mas sin sospecha del tirano trato.

Y ninguno creyera ser tan loca
Conjuracion y tan desvanecida,
Que guiara camino por la roca
Do ya se lastimó con gran caída,
Siendo también esta caterva poca
Y en pueblos diferentes dividida,
Pues eran hasta diez los desterrados
En Popayan y Cali separados.

Y si tenían otros por escudo,
Segun alguna gente presumia,
Dicen que hasta hoy nunca se pudo
Averiguar la tal algarabía;
Al fin ellos querian dar de agudo
En ambos pueblos en un mismo día,
Y al Guzmán y á los hombres de mas suerte
Hacer entrega dellos á la muerte.

Destos era, segun se supo claro
Después de descubierta la celada,
Un Pedro Lopez Patiño de Haro,
Persona principal y señalada,
En lealtad y valentia raro,
Y al capitán Alonso Fuenlabrada,
Y entrellos á Henao, maesescuela,
Diestro para beligerá tutela.

Y otros algunos mas que yo no cuento,
Porque reconocian ser varones
Que podrian poner impedimento
A las desvergonzadas intenciones:
De los demás tenían pensamiento
Forzillos a seguir sus opiniones,
Mas todos ellos perecieron antes
Que dar favor á tractos semejantes.

Saliedo bien deste primer confliito,
Sin que contraria mano los oprima,
Pensaban de revuelta dar en Quito
Y subyectar á la ciudad de Lima,
Adonde hallarian infinito
Número de baldios que se arrima
A lo que pide su bestial deseo,
Sin consideracion y sin tanteo.

Y á tal extremo llega de locura
El insensato que se desvanece,
Que ya por infalible conyectura
Tenian esta, porque les parece
Ser cómoda sazón y coyuntura
La que lo sucedido les ofrece
En Pirú, por haber en sus concetos
Cantidad de discipulos secretos.

¡Oh vana presuncion y sin aviso
Del ágil y continuo movimiento,
Donde siempre se ve que de imprevisto
Suele calmar tempestuoso viento,
Y en el acuerdo nuestro mas preciso
Defraudado quedar el pensamiento:
Y así pocos intentos, segun creo,
Suceden á medida del deseo.

Fué pues la máquina que se levanta
En el celebre desta pestilencia,
En tiempo sancto que la Madre Santa
Tiene dicado para penitencia,
Después un año del que ya se canta
Que fueron desterrados por sentencia;
Y el salto concertaron entre tanto
Que se disciplinaban, Jueves Santo.